

Del pavimento de la calle Huertas (Ortotipografía en el barrio de Cervantes)

Federico Romero*



La calle de las Huertas es el espinazo del madrileño barrio de las Letras. Lo llaman así porque en él vivieron, escribieron y disputaron Cervantes, Lope, Quevedo, Góngora y otras glorias de la literatura hispana. El barrio, convertido hace décadas en zona de esparcimiento, ha sido peatonalizado por el Ayuntamiento de Madrid, que estimó conveniente aprovechar la remodelación para ornar los muros de esa calle con placas en las que aparecen la efigie y una breve biografía de ciertos autores, y su pavimento con fragmentos escogidos de los mismos autores y alguno más, para solaz e instrucción de los paseantes.

Si el corrector —humilde como su oficio y, como humilde, con la vista gacha— sube por Huertas desde el paseo del Prado hacia la plaza del Ángel, corre el riesgo de no llegar jamás a su destino. Nada más empezar, junto a la plaza de la Platería de Martínez, reclama su atención desde el suelo el comienzo de la *Canción del pirata*:

Con diez cañones por banda,
viento en popa a toda vela,
no corta el mar, sino vuela,
un velero bergantín...

Canción del Pirata
José de Espronceda

Lo primero que le sorprende es el tamaño injustificadamente errático de los espacios que separan las palabras (y que no puedo reproducir con precisión). Meticuloso como es —sus amigos lo pronuncian *maniático*—, quizá piense el corrector que sobra la inicial mayúscula de *pirata*, que si el nombre de la obra va en cursiva, el del autor debería haberse escrito en redonda y que habría quedado más pulcro justificar por la derecha los dos. «Bah, minucias», se dice, y que sigue andando.

Algo más arriba, tropieza con un texto de Larra:

“¿ No se lee en este país porque no se escribe, o no se escribe porque no se lee?”.
Esa breve dudilla se me ofrece por hoy, y nada más. Terrible y triste cosa me parece escribir lo que no ha de ser leído...

Carta a Andrés
Mariano José de Larra

Aquí, el corrector pega ya un respingo. El punto tras las comillas le parece innecesario, aunque nunca se sabe: el *Diccionario panhispánico* está muy terne con estas cosas. A lo que no ve justificación es al espacio tras el signo de interrogación de apertura (que además no se corresponde con otro ante el de cierre)... ni a los espacios dobles y más que dobles que salpican el fragmento y que empieza a temer que sean la tónica general. Acepta, resignado, que no se sangren los párrafos si tal es el gusto del consistorio.

Pasada la calle de la Berenjena, entrevé bajo las patas de las palomas una cita moratiniana:

Ve aquí los frutos de la educación. Esto es lo que se llama criar bien a una niña: enseñarla a que desmienta y oculte las pasiones más inocentes con una pérdida disimulación.

El Sí de las niñas
Leandro Fernández de Moratín

¿Por qué demonios escribirán *sí* con inicial mayúscula? ¿Y por qué el nombre del autor tiene que sobresalir siempre por la derecha?

Cruce con Jesús, y el otro Moratín:

Madrid, castillo famoso
que al rey moro alivia el miedo,
arde en fiestas en su coso,
por ser el natal dichoso
de Alimenón de Toledo.

Fiesta de Toros en Madrid
Nicolás Fernández de Moratín

Lo mismo: *toros* con mayúscula, doble espacio entre *ser* y *el*, la peculiar forma de disponer el título y el autor... Pensando en ello y en lo fastidiosa que puede llegar a ser la mirada

* Revisor y traductor. Madrid (España). Dirección para correspondencia: fede.rom@arrakis.es.

profesional, nuestro corrector pasa junto a una lápida en memoria de León Felipe y a punto está de pisar sus palabras:

...y fui a nacer en un pueblo del que no recuerdo nada,
pasé los días azules de mi infancia en Salamanca,
y mi juventud, una juventud sombría, en la Montaña.
Después... ya no he vuelto a echar el ancla,...

*Versos y oraciones del caminante
León Felipe*



Le rechinan esos puntos suspensivos promiscuamente afe-
rrados a la primera palabra, esa coma que se entromete ante
los últimos...

Ya está de cólera ciego.
Que os he de matad, creed,
en ese potro, villanos.
¿Quién mató al Comendador?
Fuenteovejuna, señor.

*Fuenteovejuna
Lope de Vega*

El corrector, que está empezando a caldearse, se pre-
gunta por qué habrán elegido ese fragmento, en el que
intervienen tres personajes distintos: Laurencia, el juez y
Pascuala. Puestas sus intervenciones seguidas, sin nada que
señale cuándo habla uno o cuándo otra, la cosa no tiene pies
ni cabeza.

Pasada la espalda del convento de las Trinitarias, donde
yace Cervantes, lo aborda Quevedo:

Miré los muros de la patria mía,
si un tiempo fuertes, ya desmoronados,
de la carrera de la edad cansados,
por quien caduca ya su valentía

*Soneto
Francisco de Quevedo*

¡Vaya por Dios! Ahora título y autor están justificados
por la derecha. ¿Pero por qué habrán decidido omitir el
punto que cierra la estrofa? ¿Y por qué esa manía de incluir
espacios disparatados entre las palabras, mientras que se
comen el que debería figurar tras la coma que sigue a *fuer-*
tes? El corrector, inclinado por lo común a buscar disculpas
a las extravagancias ajenas, se fija bien por si las juntas
del enlosado tuvieran que ver con la incongruencia en las
separaciones, pero no es el caso; debe de ser un capricho.

A Cervantes lo han tratado algo mejor:

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero
acordarme, vivía no hace mucho tiempo un hidalgo
de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín
flaco y galgo corredor...

*Don Quijote de la Mancha
Miguel de Cervantes*

Aunque... ¿a qué vienen los puntos suspensivos del final,
si tras *corredor* va un punto y seguido? ¿Quieren indicar que
aún queda mucho *Quijote* por delante?

Junto al príncipe de los ingenios, un dramaturgo campanu-
do y Premio Nobel:

¡La belleza! Lo que es no lo sabemos ahora con
certidumbre matemática; quizá no lo sepamos nunca
pero que la belleza es algo, que existe, que palpita en la
naturaleza, y que, así como la ola que llega a la
playa rompe en espuma,...

*Discurso de ingreso en la Real Academia Española
José Echegaray*

Se ve que a estas alturas de la calle se ha consolidado la
tendencia a justificar a la derecha el título y el nombre del au-
tor. Y que el encargado del invento sigue pensando que se pue-
de dejar una coma antes de los puntos suspensivos. ¿A quién
se le ocurriría —se pregunta el atribulado observador— cortar
la cita a mitad de una comparación? ¿O escoger un fragmento
con puntuación tan poco decorosa?

Siguen los dramaturgos, crece la irritación:

¡Ah! ¿No es cierto ángel de amor,
que en esta apartada orilla
más pura la luna brilla y se respira
mejor?.

*Don Juan Tenorio
José Zorrilla*

El corrector solloza. ¿Tan difícil resulta separar los versos
por donde corresponde? ¿Tan complicado colocar una coma
antes del vocativo *ángel de amor*? ¿Tan arduo recordar que des-
pués del signo de interrogación de cierre no se pone punto?

Una estrofa de Bécquer, de reproducción casi perfecta para
lo que se usa aquí, lo consuela en la boca de la plaza de Matute:

Volverán las oscuras golondrinas
en tu balcón sus nidos a colgar,
y otra vez con el ala en sus cristales
jugando llamarán.

Rimas
Gustavo Adolfo Bécquer

Pero de inmediato acude una letrilla a rebajar el incipiente alivio:

Ande yo caliente
Y ríase la gente.
Traten otros de gobierno
Del mundo y sus monarquías,
mientras gobiernan mis días
mantequillas y pan tierno,...

Ande yo caliente...
Luis de Góngora

Para empezar, lo que escribió don Luis 1581 fue «Ándeme yo caliente». Así se recoge también el refrán en el *Quijote*, y así debería figurar en el primer verso y en el título, sin el colgajo suspensivo. Segundo (y perdón por la insistencia): *antes de puntos suspensivos no se pone coma*. Y tercero: ¿por qué el segundo y el cuarto verso comienzan con mayúscula?

Desolado, nervioso, espeluznado, el corrector inicia la última estación, que se cumple junto a la iglesia donde estuvo enterrado Lope; en su entrada trasera limosneaban los protagonistas de la novela cuya cita tiene a los pies:

“ Dos caras... tiene la parroquia de San Sebastián... mejor será decir la iglesia... dos caras que seguramente son más graciosas que bonitas: con la una mira a los barrios bajos, enfilándolos por la calle de Cañizares; con la otra al señorío mercantil de la Plaza del Angel”

Misericordia
Benito Pérez Galdós

—¿Por qué? —clama nuestro héroe, perdida ya toda conciencia—, ¿por qué? ¿Por qué esta cita va entrecomillada (y con comillas inglesas, como en la de Larra, en lugar de latinas) y las otras no? ¿Por qué han dejado tras las comillas de apertura un espacio infame? ¿Por qué no han encorchetado los primeros puntos suspensivos para señalar la omisión de un fragmento? ¿Por qué no han tildado la A de Ángel? ¿Por qué no han cerrado la cita con un punto? ¿Por qué, con la millonada que debió de costar el numerito cultural éste, no se molestaron en hacer las cosas con un mínimo cuidado? ¿Nadie me responde?

Nadie sino un zureo de palomas.

